

Así debió creerlo Juárez, aleccionado por la experiencia. Las Leyes de Reforma fueron muy meditadas, muy discutidas. En esta vez Juárez no confió sólo en sí mismo, y quiso oír la opinión de todos los verdaderos liberales que estaban cerca de él.

El Dr. Rivera dice, sobre este particular, en sus *Anales de la Reforma*, que los liberales radicales reunidos en Veracruz opinaban unos porque se expidieran las leyes y otros porque no se expidieran. «No sé de cierto quiénes eran unos y quiénes eran otros; á excepción de Ocampo, Miguel Lerdo de Tejada, Fuente, Ignacio Ramírez y Manuel Romero Rubio, de quienes consta en la historia que seguían el parecer de Juárez. Los que estaban por la negativa decían: «Si ahora la Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma dadas en tiempo de Comonfort, especialmente la desamortización de bienes eclesiásticos, tienen envuelta la República en una guerra y conflagración universal, ¿qué será echando nuevo combustible á la hoguera? Ahora, según el estado que guardan las cosas, hay esperanzas de que triunfen nuestras armas y se restablezca el orden constitucional. Cuando hayan transcurrido tres ó cuatro años y se haya restablecido el orden constitucional y conquistado la opinión pública en pro de las Leyes de Reforma, entonces será tiempo de dar dichas Leyes; pero si se dan ahora, se exacerbará la guerra, nos arrollarán, se perderá todo y el partido radical quedará reducido á la nulidad. Y Juárez decía: *Vale más una guerra que dos*. Yo confío en que esta guerra terminará pronto y se restablecerá el orden constitucional; y si el dar las Leyes de Reforma se aplaza para dentro de tres ó cuatro años, entonces se suscitará una nueva guerra, tan cruda como la presente, y la República, en lugar de una guerra, sufrirá dos, con todos los grandísimos males consiguientes á ella.»

La verdad es que Juárez quería jugar de una vez y en una sola suerte el todo por el todo, y dejar aniquilado al enemigo para siempre. Así también dejaba deslindados los campos respectivos de un modo definitivo y acababa de desarrollar el programa liberal.

Por una rara coincidencia aparecieron casi al mismo tiempo un manifiesto de Juárez, fechado el 7 de Julio, anunciando

que iba á expedir las Leyes de Reforma, y el manifiesto de Miramón, fechado en Chapultepec el 12 del mismo mes, exponiendo su política reaccionaria.

«No se necesitaba desde luego profunda penetración para descubrir los caracteres salientes de ambos documentos; mientras Miramón exponía francamente las vacilaciones é incertidumbres con que caminaba, Juárez hablaba con la seguridad, con la firmeza del que posee la plena conciencia del papel que representa, de la misión que tiene que desempeñar, de la senda que debe seguir para alcanzar un objeto con toda exactitud determinado.» (Vigil, obra citada.)

Aquí hay que hacer mención de una anécdota apócrifa y de intención aviesa. Se ha dicho y repetido por la prensa, que Don Manuel Gutiérrez Zamora se dirigió un día al salón donde Juárez celebraba consejo con sus Ministros, forzó la puerta y, con modales exaltados y frases duras, obligó á Don Benito á que saliese de su indecisión y firmase las Leyes de Reforma. Los que conocieron á Zamora comprenderán fácilmente que un hombre de su educación era incapaz de cometer tales atentados; los que conocieron á Juárez saben que no era hombre capaz de sufrirlos y menos de ceder ante ellos. Tampoco sus Ministros, cualesquiera que hubiesen sido las circunstancias, hubiesen consentido en que ni Zamora ni nadie los maltratase de un modo tan injustificado é interviniese en asuntos que no eran de la incumbencia del gobernador de un Estado. Esta es una calumnia levantada, no contra Juárez, sino contra Zamora, á quien se ha pretendido elevar con ella, sin ver que más bien se le rebaja, y que no necesita de actos semejantes para ocupar un puesto principalísimo entre los héroes de la Reforma.

El 12 de Julio (1859) se publicó la primera ley de la serie, que fué la de nacionalización de bienes eclesiásticos; el día 23 se promulgó la ley sobre matrimonio civil; por decreto del día 28 se establecieron los jueces del registro civil; por el del 31 quedaron secularizados los cementerios, camposantos y demás lugares que sirven para sepultura; por el del 11 de Agosto cuáles son los días que deben considerarse como festivos, cuáles dejaban de serlo y para qué efectos, y se hacía una declaración acerca de las funciones públicas en las iglesias.

Por último, se mandó retirar la legación mexicana en Roma.

Este fué un acto de audacia, y no una imprudencia. El partido liberal se entusiasmó hasta el delirio; el reaccionario llegó al paroxismo de la cólera.

El Gobierno constitucional había obtenido poco antes una gran victoria en el terreno diplomático: los Estados Unidos habían reconocido á Juárez, y el 6 de Abril (1859) fué recibido oficialmente en Veracruz Mr. W. M. McLane como Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de su nación, lo que produjo una terrible irritación en el partido reaccionario, el que comprendió todo lo que significaba aquel acto trascendental, y dando tortura á algunas frases de los discursos que pronunciaron el Ministro McLane y el Presidente Juárez, calumniaron á ambos personajes, llegando á decir *El Diario Oficial* de la reacción que se proyectaba enajenar el territorio mexicano á nuestros vecinos del Norte, y que, por lo tanto, el Gobierno de Juárez se había hecho reo de traición á la patria; calumnia que fué mirada con el más profundo desprecio por los liberales.

El 26 de Septiembre del mismo año reanudó la reacción sus relaciones con España, mediante el célebre Tratado Mon-Almonte, ajustado en París por Alejandro Mon, Ministro de Isabel II, y Don Juan N. Almonte, el hijo espúreo de Morelos, Ministro de Zuloaga. Sus puntos principales fueron dos: 1º, la ratificación del Convenio de 1853 por el que el Gobierno de Santa-Anna se obligó á pagar á España una suma de muchísima consideración, por deudas atrasadas; y 2º, obligación del Gobierno de Zuloaga á pagar otra cantidad de consideración por los asesinatos de españoles en San Vicente y San Dimas.—Los gobiernos contratantes ratificaron el tratado.

Lafragua, que había sido enviado por Juárez á Europa para gestionar el restablecimiento de las relaciones con España, y que no fué recibido nunca por la corte de Madrid, hizo una brillante impugnación al tratado y á la nota encomiástica con que el Ministro reaccionario Muñoz Ledo lo acompañó, y patentizó hasta qué punto la facción reaccionaria había olvidado los intereses y la dignidad de México. El Gobierno constitucional formuló el 30 de Enero de 1860 una enérgica protesta contra dicho tratado, el que jamás llegó á tener efecto.

El 1º de Diciembre (1859) el Gobierno celebró en Veracruz el tratado que lleva el nombre de McLane-Ocampo, por el que se pactaba conceder á los Estados Unidos el derecho á perpetuidad de transitar libremente por el istmo de Tehuantepec y por otras zonas, y otorgó otras franquicias, mediante el pago de cuatro millones de pesos.

Ese tratado ha dado origen á grandes controversias, y en él ha hecho hincapié con frecuencia el partido reaccionario para pretender probar que Juárez perpetró el horrendo delito de traición á la Patria. En honor de la verdad, Juárez fué el menos dispuesto á que se celebrase ese tratado, y cedió á las instancias y á los sólidos argumentos que le presentaron muchos prohombres del partido liberal, entre ellos Don Miguel Lerdo de Tejada y Don Melchor Ocampo, en quienes no puede suponerse nada que no fuese muy noble, muy levantado y muy patriótico.

Ese tratado *podía haber llegado á ser una imprudencia* si los Estados Unidos lo hubiesen ratificado, y si después, abusando de su fuerza y de nuestra debilidad, hubiesen exagerado el espíritu y la letra de la convención, procediendo con notoria mala fe.

El Sr. Don José María Vigil, liberal de los más puros, y autoridad muy respetable en esta y semejantes materias, dice sobre el particular:

«La simple lectura de ese documento manifiesta que, al formularse, no se procedió con la prudencia necesaria, ni se pensaron los gravísimos inconvenientes que para México tendrían en lo futuro algunas de sus estipulaciones; y la Nación debe felicitarde de que el Senado de los Estados Unidos le hubiese negado su aprobación.»

Y después añade con sobrado buen juicio: «De ahí, sin embargo, á ser un acto de traición á la Patria, mediaba enorme distancia. Las concesiones hechas á la república vecina eran excesivas, sin duda alguna, y ocasionadas á serias complicaciones; pero entre ellas no aparecía ningún acto que menoscabase esencialmente la soberanía é independencia de la República.» (México á través de los siglos, tomo V, pág. 404 y 405.)

El partido reaccionario hizo gran escándalo con motivo de

ese tratado, y aquí me aparto del juicio del Sr. Vigil, á pesar del gran respeto que le profeso, pues aunque «hemos visto ya las condiciones onerosas bajo las cuales reanudaron los tacubayistas sus relaciones con España, y una administración que en error semejante había incurrido, no era la que en mejor predicamento estuviera para echar en cara con tal estrépito al Gobierno constitucional el tratado McLane-Ocampo;» lo cierto es que la falta cometida por nuestros enemigos no les quitaba el derecho de echarnos en cara la nuestra, por más que ésta pudiera ser una consecuencia de aquélla.

Pero vuelvo á comulgar con el Sr. Vigil cuando asienta: «Ahora, sean cuales fuesen las faltas que los poderes beligerantes hubiesen cometido en los mencionados convenios, *que podían explicarse por las circunstancias especiales en que se hallaban*, hay dos hechos importantísimos que señalan en la Historia á ambos partidos el lugar que deben ocupar: la constante negativa del liberal para admitir en su lucha con los enemigos de las instituciones todo auxilio armado de los Estados Unidos, y la plena aquiescencia del conservador á la intervención europea, entregando al capricho de un soberano extranjero el destino y derecho de la Nación mexicana.»

Acusar á Juárez de traidor á la Patria con motivo del tratado McLane-Ocampo, como lo hicieron los reaccionarios entonces y lo han repetido después; como lo hizo el Diputado al Congreso de la Unión, Lic. Don José María Aguirre, en la sesión de 29 de Mayo de 1861, y que le valió la célebre filípica que le enderezó el Sr. Don Manuel Ruiz, el ex-ministro, obligándole á cantar la más triste palinodia; ó acusar á Juárez de debilidad por ese tratado, como se hizo últimamente, es de lo más absurdo que darse puede.

El Sr. Ruiz dijo en su referida filípica, entre otras cosas:— El tratado McLane-Ocampo se inició en días de adversidad extrema para la causa liberal, y con todo, el Gobierno no accedió á las exigencias de los Estados Unidos, sino dentro de los límites de lo justo y de lo equitativo. El Gobierno constitucional llegó á Veracruz en estado de verdadera derrota; y en estas circunstancias, se le hicieron por conducto del gobierno de aquel Estado y por algunos patriotas que creían que todo era lícito para salvar los principios liberales, se le hicie-

ron, digo, grandes ofrecimientos de dinero y de tropas, á condición de pagar el uno con terrenos baldíos y de que las otras vendrían á combatir bajo nuestra bandera. El Gobierno, que creyó que á los mexicanos y sólo á los mexicanos les tocaba reconquistar su usurpada libertad, desechó esas seductoras ofertas, contra el voto de muchos miembros culminantes del partido liberal. Insistiendo en sus pretensiones el gobierno de los Estados Unidos, el de México acudió á la celebración de un tratado que no puede ser motivo de rubor para la República. *El Senado norteamericano se rehusó á aprobar el convenio, cabalmente porque no llenaba las exigencias de aquella nación:* posteriormente se renovaron las pretensiones, queriendo resucitar el tratado, y el Presidente constitucional, desoyendo á su Gabinete, se opuso á secundar las pláticas.»

El probo é ilustrado Don Francisco Zarco expresó su opinión en el «Siglo XIX» de 3 de Junio del mismo año (1861). Confesó con la mayor ingenuidad que cuando casi todos los liberales mexicanos, *incluso él*, creían necesario procurar el auxilio de tropas extranjeras que renunciaran á su nacionalidad y recibieran en pago de sus servicios terrenos baldíos, «el hombre que creía que este arbitrio era contrario al decoro nacional; el hombre que previó peligros para la independencia en este recurso extremo; el que no desesperó del pueblo mexicano, creyendo que solo y sin extraño auxilio había de reconquistar su libertad y sus instituciones, fué el Presidente de la República; y gracias á su resistencia tenaz y obstinada entonces, fracasó la idea de todo tratado de gobierno á gobierno y todo contrato con particulares que tuviera por objeto la venida á la República de fuerzas extranjeras que siguieran las banderas constitucionales. Lo que acabamos de asentar está probado por hechos notorios, y es de una verdad auténtica é incontrovertible. El Sr. Juárez mereció entonces de muchos de sus amigos la calificación de obstinado y pertinaz, que se repitió más tarde cuando con el mismo tesón se negó á aceptar la conciliación con los reaccionarios y á la mediación de las potencias extranjeras en el arreglo de nuestras cuestiones interiores. Dos ideas capitales inspiraban el ánimo del Presidente: *un celo escrupuloso por la independencia,*

por la nacionalidad de su país y la integridad de su territorio, y una confianza ilimitada en el triunfo de la opinión pública, y en que el pueblo por sí solo había de recobrar sus derechos sin la mengua del auxilio extranjero.»

Dije antes que el tratado McLane-Ocampo fué consecuencia del tratado Mon-Almonte. En efecto, la reacción no vaciló en conceder todo lo que se le exigió con tal de asegurar el reconocimiento oficial y el apoyo decidido de una potencia europea, la que, por multitud de circunstancias, era la que podía ayudarle con más rapidez y eficacia, como veremos que le ayudó cuando el sitio de Veracruz. El partido liberal quiso neutralizar, ya que no destruir, esa influencia, y pactó con el único que podía hacerlo en aquellos momentos, con un gobierno republicano, con una potencia que se hallaba tan próxima, geográficamente, como España, entonces dueña de Cuba. No creo que ninguno de los dos partidos merezca por esos actos el epíteto de traidor que ambos se prodigaron; pero sí hago notar, ateniéndome puramente á los hechos, que mientras el tratado McLane-Ocampo sólo trajo beneficios, aunque no fué confirmado, el Mon-Almonte ocasionó grandes perjuicios al país, dando origen á la intervención española (no digo la tripartita), pues España hizo de ese tratado uno de los puntos capitales de su acción contra México (no digo contra Juárez).

El partido reaccionario se aprestaba á dar el golpe de gracia al constitucionalista, emprendiendo una seria campaña sobre Veracruz. Miramón, había regresado del interior cubierto de laureles. Reunió los mejores elementos militares de que podía disponer sin comprometer la seguridad en el interior. Para hacer más cierto su triunfo adquirió en la Habana dos vapores mercantes que armó en guerra: el *Marqués de la Habana* y el *General Miramón* y una barca, la *Concepción*, que cargaron de pertrechos de guerra. Esa escuadrilla fué puesta á las órdenes del General Don Tomás Marín. El pueblo veracruzano, con su natural buen humor, la llamó:

«La Escuadra de Papachín,
Dos guitarras y un violín.»

Miramón salió de la capital el día 8 de Febrero (1860), y llegó á Puebla al día siguiente, de donde salió el 12, y por

Nopalucan y Perote se dirigió á Jalapa, llegando el 15. Allí organizó su ejército, compuesto de dos divisiones de infantería y una de caballería.

Veracruz estaba listo para la defensa. Zamora había hecho prodigios para adiestrar á sus Guardias Nacionales; el Gobierno había ahorrado recursos para hacer inexpugnable la plaza, la que contaba con 148 cañones de varios calibres y 4,250 hombres dispuestos á perder la vida antes que rendirse. Mandaba en jefe el General Don Ramón Iglesias, teniendo como segundo al Coronel Gutiérrez Zamora, Gobernador del Estado. Pero Zamora fué el verdadero jefe, el alma de aquella defensa heroica, y á él corresponde principalmente la gloria de ese triunfo que, en mi concepto, fué el decisivo, pues que si Veracruz hubiese sucumbido, la causa de la Reforma habría quedado vencida por el momento, aunque Juárez la habría seguido representando y defendiendo en las montañas, dando tiempo á que el partido liberal se levantase de nuevo, más formidable que nunca, lo que habría hecho obedeciendo á la ley del progreso. Veracruz triunfante fué el desprestigio de Miramón, como caudillo; de los reaccionarios, como partido, y cundió entre ellos la desmoralización, pues les faltaban ya los recursos y la fe. En cambio creció el espíritu de los liberales y emprendieron con entusiasmo la brillante campaña que concluyó con la victoria de Calpulálpam.

Pero no precipitemos los acontecimientos. Con motivo del sitio de Veracruz hubo un episodio que ha servido á los reaccionarios para formular otro cargo de traición contra Juárez. Me refiero á lo sucedido con la flotilla de Marín.

El 27 de Febrero salió la flotilla de la Habana para Veracruz. El día 6 de Marzo pasaron los dos vapores á la vista de este puerto, siguiendo el rumbo de Norte á Sur. La fortaleza de Ulúa les pidió bandera, pues no la llevaban, sin que los barcos aludidos atendieran la demanda, y continuaron hacia Antón Lizardo, donde echaron ancla.

El Gobierno sabía á qué atenerse sobre el particular, pues tuvo oportuna noticia de lo que preparaba Marín en la Habana, y nuestro Ministro en Washington lo comunicó al Gobierno americano, haciéndole saber que aquellos buques no podían ser considerados como mexicanos, por no haberse aban-